

Virginidad e iniciación sexual: experiencias y significados

He leído este libro, y elaborado mis comentarios al respecto, no como especialista en la investigación sobre sexualidad humana —no lo soy— sino con mis propios sesgos de sociólogo de la salud y mi interés por la investigación cualitativa.

El libro se propone analizar la manera en que los relatos de la primera experiencia coital se vinculan con diversos discursos locales y sociales en términos de sumisión o resistencia, mediante la presencia de saberes alternativos o subyugados; así, el libro examina la manera en que los entrevistados articulan tales discursos y negocian la producción de narrativas significativas en su interacción con la propia investigadora.

Se trata de un formidable objeto de estudio que Ana construye sistemáticamente. En los primeros capítulos la autora plantea su marco teórico de manera bien documentada, lo que le permite abrir cauces lo mismo para una revisión de las diferentes conceptualizaciones sobre la sexualidad, que para una discusión rica y controversial sobre la “modernidad” de México. Y, sin embargo, aquí hay que señalar uno

de los costos en que incurre la autora al optar por hacer de la “modernidad” una categoría central de su análisis: si bien el tema está planteado con claridad, uno se pregunta si no hubiese sido necesario incursionar con más profundidad sobre el sentido y las consecuencias de eso que llamamos modernidad. Autores como Habermas, Touraine o Wagner, por mencionar sólo a algunos, son dejados al margen en esta discusión, cuando es posible que su inclusión hubiera significado un planteamiento más sólido de toda esta cuestión. Por otra parte, Ana se distancia críticamente de las aportaciones que sobre la modernidad mexicana han formulado autores como Octavio Paz y Carlos Fuentes, y lo hace con la virtud de la claridad, lo que permite que quede al juicio del lector determinar el grado de rigor con el que opta por este camino.

Junto con su propia visión sobre la cuestión de la modernidad de México, la autora nos ofrece también una rica reconstrucción de la historia de la sexualidad en este país, así como un desglose de los principales actores públicos contemporáneos que funcionan como verdaderos “generadores de discursos” sobre la sexualidad.

Y es en torno al análisis de los *discursos* —que nombran, norman, y normalizan a su modo los saberes y las experiencias que los in-

dividuos tienen de la sexualidad— donde reside uno de los aportes más ricos e interesantes de este libro. Ana construye a estos discursos como auténticas fuerzas sociales que, con autonomía y lógica propia, influyen en la manera en que los individuos articulan y expresan su subjetividad sexualizada. Admito que al leer el texto, al mismo tiempo que me iba fascinando por el admirable entramado conceptual que despliega la autora, me preguntaba si no estaríamos frente a un enfoque demasiado determinista, es decir, frente a un estudio que por rescatar la importancia de los discursos estuviera sacrificando la capacidad de acción interpretativa de las personas de carne y hueso. Ana formula su propia propuesta de resolución al dilema de la articulación entre las fuerzas sociales que nos determinan y la capacidad creativa de los actores: los sujetos son constituidos por los discursos, sostiene la autora, al mismo tiempo que preservan su capacidad de maniobrar y de tomar posición frente a dichos discursos. La autora no lo menciona directamente, pero en realidad su trabajo remite al debate que se ha suscitado en las últimas dos décadas sobre este problema y que es, a la vez, uno de los problemas teóricos centrales de la sociología contemporánea.

Me atrevo a decir que este que acabo de mencionar —la capacidad de evocar diversas corrientes y autores (así sea implícitamente)— es uno de los principales atractivos de este libro, si bien también es uno de los aspectos más intrigantes del mismo. Por ejemplo: Ana aborda la cuestión de la identidad como problema teórico inescapable en la construcción de sus sujetos. El lector puede apreciar aquí que la autora elabora su propia propuesta de análisis de la identidad y sin embargo no es posible dejar de advertir su silencio frente a otras corrientes que han explorado este problema —como Mead y los interaccionistas simbólicos. Otro ejemplo: Ana dedica una larga sección a describir el método de análisis de las entrevistas que realizó para este proyecto. Pero no deja de sorprender que no haga explícita su distancia frente a los desarrollos alcanzados por autores como Harvey Sacks o John Heritage, y todo aquel fantástico grupo que impulsó y desarrolló el análisis conversacional moderno en las décadas pasadas.

La explicitación de su método de análisis es otro atributo de enorme valor en este trabajo. Toda la segunda parte del texto contiene el desglose de los hallazgos, a partir del análisis de las conversaciones que la autora sostuvo con diversas personas. Como bien lo dice Ana,

el proceso de análisis interpretativo de textos de entrevistas suele permanecer oculto a los lectores (y, ella no lo dice pero yo sí, este proceso a veces queda oculto incluso a los propios autores). Ella, en cambio, opta por razonar todos y cada uno de los pasos que va dando en su interpretación en cada segmento de conversación que incluye en el libro. Esta estrategia presenta un doble mérito: por una parte, hace público su método de análisis, y recordemos que Popper tenía razón cuando argumentaba que el carácter público del método es constitutivo de su objetividad, elemento a su vez *sine qua non* de su cientificidad. Y por otra parte, permite que el lector la acompañe en muchas ocasiones en su análisis, pero difiera del mismo en otras. Se establece así una fuente adicional del diálogo que este libro suscita: no ya con otros autores de gran renombre, ni tampoco con otras respetables corrientes teóricas, sino entre Ana y sus lectores. Me impresionan la valentía y la elegancia con las que Ana, al final del libro, reta a otros investigadores a utilizar este método abierto: “Si al realizar investigaciones similares otros autores llegaran a conclusiones diferentes —dice la autora— sería deseable que realizaran el mismo proceso de análisis, de forma que se pudieran entender las bases de sus interpretaciones”.

Es éste un trabajo de filigrana que encierra en este atributo la clave de su agudeza para descifrar con profundidad los discursos contenidos en lo que al ojo no advertido podrían parecer meras descripciones de la iniciación sexual de las personas entrevistadas. Estamos también frente a un libro que suscita inquietudes, que genera preguntas... vamos: que nos hace reflexionar y nos deja cavilando. Pienso por ejemplo en el análisis que hace Ana de los ritos de iniciación sexual —la llamada *primera comunión*— que narran algunos de sus entrevistados, y que consisten en llevar en grupo a un no iniciado con una trabajadora del sexo comercial y esperarlo a que termine, para ponerse después a comentar y a celebrar el hecho. Rito de pasaje que confirma, como dice Ana, la virilidad y la heterosexualidad del sujeto en cuestión, en medio de un mar de paradojas y contradicciones que ella identifica y desglosa ordenadamente. La propia autora señala que “quedan varias preguntas acerca de las condiciones que permiten tal iniciación, así como de sus efectos subjetivos en términos de la identidad masculina”. Y no le falta razón, habida cuenta de que no todos los hombres mexicanos, y posiblemente ni siquiera la mayoría, pasan por estos rituales de afirmación de la masculinidad. Lo cual obliga

a preguntarse por lo menos dos cosas: por una parte, cuáles son los rituales equivalentes que viven estos otros hombres, y por otra, qué papel desempeña en el imaginario colectivo —y por ende en la construcción de las masculinidades— la historia del grupo que lleva casi a la fuerza a un muchacho a un burdel por primera vez, esa sí ampliamente conocida en los diversos estratos de la población de este país.

Como éste, el libro aborda y desmenuza al detalle otras cuestiones de las que solemos tener noticia, pero que no necesariamente han sido documentadas sistemáticamente desde las ciencias sociales en este país. La cuestión, por ejemplo, de la imagen colectiva de la sexualidad masculina —que la concibe como un impulso natural casi irrefrenable— junto con la de la sexualidad femenina —que es concebida como incipiente, inexistente, controlable, o francamente dañina para la salud de las propias mujeres. Está también la cuestión del doble estándar que exige a muchos hombres afirmarse como hombres mediante el ejercicio de su heterosexualidad, al mismo tiempo que obliga a muchas mujeres no sólo a mantenerse vírgenes hasta el matrimonio sino incluso a ignorar —o a fingir que ignoran— todo lo relativo a su cuerpo y su sexualidad, so pena de parecer que

ya han “andado por ahí” y tener que asumir las consecuencias concomitantes en un mundo que no quiere mujeres libres y con iguales derechos y disfrutes que los hombres.

Está también el tema del origen de los diversos discursos que coexisten en las narrativas de los individuos sobre su sexualidad, cuestión que remite a la autora a rastrear tanto en el pasado colonial de México, como en el contenido ideológico represor del cristianismo, así como en diversas tradiciones prehispánicas que aún es posible identificar.

En fin, están muchos otros temas que por falta de espacio no puedo mencionar en detalle, pero que hacen del trabajo de Ana una obra interesante, profunda y sugerente.

Concluyo afirmando mi convicción de que el libro de Ana es, desde ya, lectura obligada tanto para los estudiosos de la sexualidad desde una perspectiva social, como para los interesados en aprender métodos cualitativos de análisis, independientemente del tema específico al que se apliquen.

Roberto Castro

Ana Amuchástegui Herrera, *Virginidad e iniciación sexual: experiencias y significados*, Population Council, Edamex, México, 2001.